

San Clemente Romano y su Carta a los Corintios

(ESTUDIO Y TRADUCCION)

Andrés SANIN ECHEVERRI, Pbro.

La "gens Flavia" dio a la iglesia juntamente perseguidores, mártires, pontífices y doctores.— Si produjo a Domiciano, también produjo a Tito Flavio Clemente que fué cónsul con él, decapitado como "ateo judaizante", es decir como cristiano (año 96) y cuya esposa Domitila fué desterrada. Las "Clementinas", narraciones novelescas del S. IV lo indentifican con el Papa S. Clemente, su contemporáneo, y quizás liberto o hijo de algún liberto de esta familia, de quien nos ocuparemos en este estudio. La escuela alejandrina de San Panteno tuvo un doctor que muchos veneran como santo, aunque no la Iglesia Romana, cuyos escritos son de los más preciosos documentos de la antigüedad cristiana: Clemente Alejandrino, noble griego de Atenas, cuyo nombre es también Tito Flavio Clemente, del cual se conservan la "Exhortación a los griegos", el "Pedagogo" y los "Stromata" (Miscelánea), trilogía admirable en que trata de conciliar la "gnosis" cristiana con la filosofía platónica e impugna la herejía en los gnósticos. Nacido en Atenas, hacia el año 150, se radicó en Alejandría, emigró a Antioquia en la persecución de Septimio Severo, luégo al Asia Menor y ahí murió por el año 215.

SAN CLEMENTE ROMANO:— "La figura de más realce en la antigüedad cristiana después de los Apóstoles" (Espasa), cuya carta a los Corintios mereció ser leída por muchísimos años en la Asamblea de los fieles, e hizo pensar a muchos que la Epístola a los Hebreos había sido escrita por él, al menos como secretario de San Pablo, dió lugar a que alrededor de su vida se tejieran en el siglo II las más pintorescas leyendas que, recogidas en el siglo IV por escritores ortodoxos, esionitas y arrianos, produjeron intensa impresión entre los fieles, hasta los cuales casi nada auténtico ha llegado acerca de la cuna, hechos y muerte del gran Pontífice a quien la Iglesia Romana dedicó una

basilica de remota antigüedad y a quien honra en un oficio bellissimo, calcado en las actas de su martirio, el día 23 de noviembre.

Si prescindimos de las "Clementinas" y de las actas de su martirio que para muchos críticos son de dudosa autoridad, es poquísimo lo que acerca de él sabemos y, eso, a base de conjeturas.— 1º. ¿Procede Clemente Romano del Judaísmo o de la gentilidad?— 2º. ¿Fué el primero o el segundo o el tercer sucesor de San Pedro en la Silla romana?— 3º. Cuál fué la fecha en que escribió su carta a los Corintios?— 4º. ¿Cuándo, dónde y cómo murió? Estos interrogantes se plantean a quien trata de estudiar su personalidad a través de su Carta a los Corintios, único escrito ciertamente suyo que se conserva, pues la llamada "Segunda Carta", parece una homilía de época posterior.

1º.— Acerca de la nación de origen de San Clemente se dividen los historiadores y, con igual seriedad, están unos por su origen gentil, otros por su origen judío.— Su pericia en las Sagradas Escrituras hace creer a unos que era judío; para Steidle es probable su judaísmo; Cayré lo tiene por judío helenista, bien formado literaria y filosóficamente; en cambio, Tixeront piensa que parece "liberto o hijo de liberto de la gens Flavia"; el articulista de su biografía en la Enciclopedia Espasa, basado en su Carta, opina que procedía del "gentilismo antes que del judaísmo y que tal vez sería liberto del Cónsul Tito Flavio Clemente"; Bardenhewer, basándose en la misma Carta, lo tiene por judío.

Orígenes y Eusebio lo identifican con el Clemente mencionado elogiosamente por S. Pablo, "por haber trabajado con sus compañeros y con él en el evangelio y cuyos nombres están en el libro de la vida" (Phil. 4.3); para Tixeront "nada prueba que sea el mismo"; para Cayré "nada prueba que sea el mismo pero nada se opone a ello" ¿Qué queda en claro?— Que podía ser el colaborador de S. Pablo, u otro; ser judío o gentil de origen; que no es el Cónsul Tito Flavio Clemente, pero que pudo ser liberto suyo, o de su familia, o hijo de un liberto de su familia.

Quizás no fuera aventurado pensar q' era judío más bien que gentil y que hubiera sido esclavo, liberto, o hijo de liberto de la gens Flavia. Pero es, en realidad, muy oscuro su origen.— Las "Clementinas", en especial los llamados "Reconocimientos" lo hacen pasar por discípulo de S. Pedro, convertido por éste a la fe, compañero de sus viajes, por cuyo medio va encontrando uno tras otro a sus parientes perdidos.— ¿Qué valor histórico puede dársele a estos datos? Parece que son simples leyendas destituidas de todo fundamento, pero que tuvieron un éxito portentoso desde fines del siglo II.—Queda pues en las tinieblas su origen.

2º.— Que fué sucesor de S. Pedro, es un hecho demostrado. Pero al tratar de fijar el lugar que le corresponde, surgen problemas no menos oscuros. Para Tertuliano, sucedió inmediatamente a S. Pedro: "Así como la Iglesia de Esmirna refiere que Policarpo fué instituido por Juan, así la Iglesia Romana piensa que Clemente fué ordenado por Pedro y así las demás iglesias señalan a aquellos que, ordenados como obispos por los apóstoles, tienen la tradición de la semilla apostólica" (de praescr. No. 32). Bardenhewer dice que esta opinión no tiene ningún fundamento y que tiene su origen en las Clementinas. Pero Tertuliano es tan antiguo como la más antigua recensión de ellas, conocía bien la Iglesia romana y sabía lo que decía, máxime tratándose de establecer la sucesión apostólica.— Parece pues, que la opinión no sea tan in-

fundada. Para Optato Milevitano "sucedió Lino a Pedro y a Lino, Clemente y a Clemente, Anacleto en la cátedra única que es la primera por sus dotes" (De schism. Donat II.3).— Así opinaron S. Agustín y las "Constituciones Apostólicas". Para S. Ireneo es el tercer sucesor de S. Pedro, después de Lino y Cleto tal como lo decimos en el Comunicantes de nuestra misa romana. Esta opinión la aceptan Eusebio y S. Jerónimo. S. Epifanio conserva esta tradición: San Clemente renunció al episcopado de Roma en bien de la paz y algún tiempo después volvió a ser Papa. (Haer, 27.6 apud Cayré-Précis de Patrol, I p. 51— notas)—¿No será esta tradición la clave del problema? Clemente constituido por Pedro como sucesor suyo inmediato, cede su lugar a Lino y a Cleto y, muertos éstos, vuelve a la sede, que en bien de la concordia había renunciado. Al leer atentamente el cap. 54 de su Carta parece que pudiera presumirse la posibilidad, la probabilidad, tal vez la verosimilitud de esta conjetura: "¿Cuál es entre vosotros el generoso cuál el misericordioso, cuál el lleno de caridad?— Diga: si por causa de mí han ocurrido sedición, discordia y cisma, me aparto, me retiro adonde queráis, hago lo que mande la multitud con tal de que el rebaño de Cristo viva en paz con los presbíteros que le han sido constituidos. El que esto hiciere se granjeará gran gloria en el Señor y será recibido en todo lugar".— Y como si este indicio no bastara, en el cap. 57 agrega: "Es mejor hallaros como pequeños y de buena fama en el rebaño de Cristo, que, demasiado brillantes, ser arrojados de su esperanza". En el cap. 4: "Luchamos en la misma arena y soportamos el mismo combate" y en el cap. 44: "Nuestros apóstoles sabían por N. S. J. que se levantarían disputas acerca del nombre del episcopado". "Felices los presbíteros que, terminando el camino, han alcanzado fructuosa y perfecta disolución; Ya ellos no temen verse arrojados del lugar que se les asignó." (Cap. 55)— ¿No parece todo esto como un eco de la vida de Clemente, una modesta invitación a seguir su ejemplo, reforzando así su autoridad con su vida?— Parece, pues, que Clemente fué ordenado como obispo por San Pedro y señalado por él para sucederlo.— Así se explica la opinión de Tertuliano; retirado, volvió a su sede hacia el año 92, después de Lino, según Optato y S. Agustín, o después de Lino y Cleto, según la opinión más generalizada de S. Ireneo y Eusebio, S. Jerónimo y S. Epifanio.

Su primer episcopado— si se acepta— habría sido entre 68 y 77; su segundo del 92 al 101— Esta última fecha resulta de los cálculos de Eusebio basados en los de S. Ireneo y Hegesipo: del IIº año de Domiciano al IIIº de Trajano.

3º.— En cuanto a la fecha de su Carta a los Corintios, tampoco hay plena certeza, aunque los críticos señalan generalmente del año 96 al 98, basados en que Hegesipo, citado por Eusebio, dice que la perturbación de la Iglesia de Corinto, motivo de la Carta, ocurrió a fines del Imperio de Domiciano, quien murió en el año 96. Pudo pues escribirse hacia fines de ese reinado o a principios del de Nerva— 96-98.— Sinembargo Hefele, basado en el estudio interno de la carta, juzga que debió ser escrita antes de la destrucción del Templo de Jerusalem, pues su culto se describe como existente en el cap. 41: "No en todo lugar se ofrecen sacrificios perpetuos o votivos o por los pecados y delitos, sino sólo en Jerusalem y aún allí la oblación no se ofrece en cualquier parte sino en el atrio del templo, previo examen del sacrificio por el Sumo Sacerdote y los Ministros predichos— Aquellos que hacen algo no conforme con su vo-

hunidad son castigados con pena de muerte". Para Hefele debió ser escrita entre el 68 y el 70. Sin embargo parece más probable la fecha 96-98; es en todo caso, exceptuando las Epístolas de S. Pedro, la primera carta de un Papa llegada hasta nosotros: bello estandarte para ese glorioso desfile de luminosos documentos que nunca han dejado de orientar a la humanidad. Desde las discordias de Corinto hasta las guerras de hoy. S. Dionisio de Alejandría, citado por Eusebio, en carta del año 170 al Papa Sotero, le dice: "Hoy hemos celebrado el Santo día del Señor y en él hemos leído vuestra carta y la leeremos siempre para nuestro provecho y edificación como leemos la anterior que nos escribió Clemente"— S. Ireneo: "Bajo el episcopado de Clemente, al ocurrir la no pequeña disensión entre los hermanos que vivían en Corintio, la Iglesia de Roma escribió a los corintios una carta valentísima invitándolos a la paz, quien la tuviera por canónica como el último "Canon de los Apóstoles" y por mucho tiempo se leyó en Corinto. S. Policarpo la imita en la carta que escribió a los Filipenses más no la menciona.

49.— En cuanto a la vida y muerte de San Clemente hay igual carencia de datos fidedignos. Una tradición romana que remonta por lo menos hasta el siglo IV como lo comprueba una inscripción restituída por De Rossi, dice que murió mártir. Las actas de su martirio datan según Steidle, del año 320; Tixeront afirma enfáticamente que tales actas son de otro mártir griego del mismo nombre; las actas, en todo caso, no dan garantía absoluta: los elementos legendarios saltan a primera vista y sólo pueden tenerse como ficción o leyenda según Bardenhewer. Según las actas fué desterrado al Quèroneso; en las minas, con su ejemplo, predicación y milagros convirtió a la fe a muchos reparando su fe y anunciándoles la tradición que poco antes había recibido de los apóstoles"— Otros Padres también mencionan esta carta, v. gr.: Clemente Alejandrino, Orígenes, Hegesipo, Eusebio, Epifanio y Jerónimo; ni faltó exilados, y por ello fue arrojado al mar; lo cierto es que en Roma no se venera sepulcro suyo.— Los críticos todavía conservan dudas acerca de si murió mártir. Lo que sí es cierto es que no se le puede confundir con el cónsul de su nombre de cuyo martirio, por ateo judaizante, hablan Suetonio y Dión Casio. ¿Cómo había callado la iglesia romana el hecho de que un primo del Emperador Domiciano estuviera gobernándole? De manera que nada sabemos seguro acerca de su persona, origen, pontificado y muerte. En cambio conocemos su obra, su fe, su energía, su dulzura, delicadamente mezcladas, a través de su Carta a los Corintios.

"LA CARTA A LOS CORINTIOS"

Corintio, llave del Peloponeso, ciudad comercial y artística, célebre por su corrupción, fué evangelizada por San Pablo en su segundo viaje. Numerosos judíos expulsados de Roma por Claudio se habían refugiado en Corinto. Pablo se hospedó en casa de Aquila, judío del Ponto, casado con Priscila, trabajaba con ellos en la manufactura de tiendas y enseñaba a judíos y griegos en la sinagoga; juntáronse luego Silas y Timoteo y, rechazado por los judíos de los cuales, sin embargo, se convirtió el archisinagogo Crispo con su familia, se trasladó a la casa de Tito el justo, y con su enseñanza convirtió muchos a la fe, confortado por el Señor que le dijo: "No temas, pues estoy contigo, gran muchedumbre será mía en esta ciudad". Permaneció allí diez y ocho

meses y dejó una floreciente cristiandad. Más adedante Apolo, elocuente predicador del evangelio, se radicó allí, con lo cual se produjo una división entre los fieles, pues unos decían ser de Cefas, otros de Apolo, otros de Pablo, otros de Cristo. San Pablo les escribió una primera carta para corregirlos tanto de esto como de algunos escándalos que afeaban la comunidad en lo moral y de abusos en las reuniones eucarísticas. Posteriormente les dirigió una segunda carta para reivindicar el honor de su ministerio apostólico atacado por la calumnia de sus enemigos.

Hacia fines del reinado de Domicano algunos jovencuelos se insubordinaron contra los "ancianos" de la Iglesia y desconocieron su autoridad. Clemente, como sucesor de Pedro, intervino por medio de su carta con tal éxito que la discordia cesó y su carta fué tenida como inspirada por el Espíritu Santo, al par con las de San Pablo, y leída en las Asambleas de los fieles como lo muestra la carta de San Dionisio.

A pesar del maravilloso influjo de esta carta, se tuvo durante muchos siglos como perdida, hasta que en el año 1632 fué hallada en un Códice "escrito a mano por Tecla, noble egipcia, por los tiempos del Primer Concilio de Nicea" (a. 325) y que se llama "Códice Alejandrino", obsequiado por Cirilo Lucaris, patriarca de Constantinopla al Rey de Inglaterra Carlos I. El texto griego incompleto, pues al manuscrito le faltaba una hoja, fué publicado por P. Young (Junius) en Oxford, 1633, supliendo con esmero las letras borradas por la antigüedad. El manuscrito se remonta, según críticos modernos al siglo V y se encuentra en el Museo Británico de Londres. Este fue el texto que se conoció hasta 1872, cuando el Patriarca de Jerusalém Filoteo Bryennios halló un manuscrito del año 1056 que contiene el texto íntegro de la carta publicado, como el anterior, en 1879, en fotocopia por Lightfoot.

Morin publicó en 1894 una versión latina del S. II según códice del S. XI, en Maredsous; un manuscrito de Cantorbery presenta una antigua versión siríaca. Está traducido a varias lenguas modernas. La enciclopedia Espasa da cuenta de una traducción castellana contenida en la "Biblioteca Clásica del Catolicismo—Obras de San Clemente Romano" traducción... bajo la dirección de D. Antonio Agustín y García, tres tomos, Madrid 1889, donde están también los escritos no auténticos con notas y estudios anticuados.—Para nosotros tal traducción es desconocida: ojalá pudiéramos encontrarla. La carencia de tales obras nos ha movido a publicar esta versión que, aunque incompleta, pues está tomada de obras basadas en el Códice Alejandrino, podrá llevar a las inteligencias, un poco de inquietud por el estudio de la antigüedad cristiana, que es una de las más bellas ocupaciones, y al mismo tiempo, riquísima mina de conocimientos y espada invicta contra los errores con que "evangelizadores" que no anuncian el evangelio ni son apóstoles por carecer de misión, quieren turbar la tranquila unidad de nuestra Iglesia, no ciertamente entre las personas ilustradas, de nuestra Iglesia, no ciertamente entre las personas ilustradas, sino, abusando del brillo del oro americano, entre las almas sencillas, incapaces por sí mismas de defenderse contra el esfuerzo combinado de la sugestión que causan las novedades y el atractivo de una filantropía imperialista.

Aunque esta Carta no es un tratado sistemático de teología y apenas invoca algunas verdades con el fin de restablecer la unión de los fieles de Corinto, encierra, sin embargo tesoros inapreciables de doctrina. Su tono grave

de autoridad, el hecho de haber sido escrita en los albores del cristianismo, sea por solicitud de los fieles de Corinto, sea por fraterna caridad, sea por conciencia del deber que tiene el sucesor de San Pedro, sus mismas expresiones en que con plena claridad amenaza, aguarda "ser obedecido" (c.63), reprende, impone penitencias, enseña con aire de perfecta superioridad, censura con apostólica libertad, todo esto, unido al afecto y veneración que la acompañaron, hace de esta carta "la epifanía del primado romano" en expresión de Mons. Baffol, pues prueba de manera indirecta y por ello más eficaz, el reconocimiento de la autoridad de la Cátedra de San Pedro sobre una iglesia apostólica, cuando aún vivía San Juan. No es pues, como pretender ciertos protestantes, "el accidente más considerable en la evolución de la Iglesia", sino la clara manifestación del origen apostólico y por tanto divino de esa sagrada autoridad que de Cristo pasó a Pedro, a Cephas, cuando lo constituyó piedra, cuando le dió las llaves, cuando le encomendó la confirmación de sus hermanos en la fe, cuando le ordenó apacertar corderillos, corderos y ovejas; autoridad que Pedro desempeñó en Jerusalén y Antioquía y fijó definitivamente en Roma, cuyo Obispo es, como sucesor suyo en la sede, depositario de sus derechos y de sus deberes.

Al analizar esta carta brilla, en primer lugar, el origen divino de la jerarquía, pues fueron, según ella, los mismos apóstoles y los varones por ellos escogidos, los que constituían "ancianos" e "inspectores" es decir presbíteros y obispos en cada ciudad. El uso de las palabras es aún vago, pero la realidad de la diferencia entre pastores, ministros y laicos es evidente.

Con no menor claridad resplandece la doctrina de la Santísima Trinidad, la divinidad de Cristo, la Redención, la gratuidad de la gracia, la necesidad de las buenas obras, el perdón de los pecados, el sacrificio de la misa, el cielo, como lugar adonde van las almas santas, la esperanza de la resurrección y de la gloriosa venida de Cristo, el magisterio de la Iglesia, depositaria de las Sagradas Escrituras cuyo canon e inspiración divina encuentran en esta epístola un argumento de primer orden.— El estilo de la epístola es sencillo, modelo de elocuencia pastoral; carece de altos vuelos oratorios o de sutiles concepciones filosóficas; abundan las exhortaciones graves y fraternales; las abundantes y largas citas de la Sda. Escritura, si es cierto que impiden un poco de vuelo del pensamiento y hacen pesada la elocución, la enriquecen, en cambio, de manera admirable, tanto, por el valor mismo de los lugares aducidos, como por la importancia para depurar el texto griego de los Setenta, que es el empleado por el Santo. El plan de la Carta es así:

I PARTE, Cap. I a 38:— Después del saludo, alaba el estado floreciente en que se hallaba Corinto y exhorta a la caridad sin envidias ni emulaciones; a la penitencia, obediencia, hospitalidad y humildad tanto por el ejemplo de Nuestro Señor Jesucristo y de los patriarcas y santos como porque el orden del mundo, las bendiciones divinas y la disciplina así nos lo piden. La disciplina de la Iglesia se asemeja a la militar.

II PARTE, Cap. 38 a 65:— Aplica los principios al caso de Corinto, expone el orden establecido por Dios en la Iglesia, comparándolo con la antigua Alianza, indica la obligación de obedecer a la jerarquía; los reprende por sus faltas, los exhorta al arrepentimiento y confesión de sus pecados, aconseja a los cabecillas que se retiren de la ciudad o se sometan y para concluir, amenaza,

improvisa una admirable oración en favor de la paz, resume su carta y expresa el deseo de ser abedecido y el envío de delegados. (Cf. Cayré pág. 55 op. cit.).

La traducción que presentamos está basada en la traducción latina de Cordelier, texto Alejandrino, con enmiendas de Hefele, salvo algunos fragmentos del texto de Bryennios hallados en el "Enchiridion Patristicum" y en el "Enchiridion Asceticum".— Por eso la parte final aparece muy fragmentaria, pues carecemos de una colección de Padres Apostólicos como la de Funk y solo podemos valernos de obras antiguas, que, en esta región son las únicas disponibles en materia de Patrología.

Bibliografía:— Solo citamos aquí las obras consultadas para este trabajo. En las Patrologías mencionadas se encuentra una abundantísima bibliografía, especialmente francesa, alemana e inglesa. Nuestra raza española brilla por su casi total ausencia, y nuestra América española por la absoluta ausencia.

Chefs d'oeuvre des Pères de l'Eglise ou choix d'ouvrages completes des Docteurs de l'Eglise Grecque et Latine. Traduction avec le texte latin en regard—15 vol—Paris, a la Bibliothèque Eclésiastique—Rue Vaugirard 58—Año: 1837.— Dice tener la "versio Ruffini". Pág. 1 a 59: No menciona el nombre del traductor francés. En el mismo vol: Tertull. De Praescriptionibus adversus haereticos— pág. 400—458.— H. Hurter Sanctorum Patrum Opuscula selecta.— Series 1— vol 17. "Epistolae RR. Pontificum". Versión latina de Cottelier, revisada por Hefele, introducción y notas—vol. 10—S. Optati. De Schimate Donatistarum.— Rouet de Journal— Enchiridion Patristicum. Ed. 6ª. 1936—B. Herder Friburgo y Enchiridion Asceticum. Ed. 2ª. 1936 ib—; C. Kirch. Enchiridion Fontium—Histium—Historiae Ecclesiasticae antiquae—Ed. 5ª. 1923—H. Denzinger—B. Umberg. Enchiridion Symbolorum, definitionum et declarationum— Ed. 23ª ib 1937. Espasa.— Enciclopedia— art. Clemente Romano. vol. 13 p. 787. O. Bardenhewer— trad. J. M. Sola. Patrología 1910. G. Gili— Barcelona. J. Tixeront: trad. M. Sería— Curso de Patrología 1937—E. Litúrgica. ib. F. Cayré: Précis de Patrologie— 1937— Descleé, Tournai.— B. Steidle. Patrología 1937— Herder. Friburgo.

CARTA DE SAN CLEMENTE OBISPO DE ROMA A LOS CORINTIOS

1º.— La Iglesia de Dios que peregrina en Roma a la Iglesia de Dios que peregrina en Corinto, a los llamados y santificados por voluntad de Dios, en Nuestro Señor Jesucristo: que el Dios omnipotente multiplique en vosotros por Jesucristo, la gracia y la paz.

A causa de las súbitas y continuas calamidades e infortunios que nos han ocurrido, creemos, amados hermanos, habernos retardado en atender a los asuntos que han ocurrido entre vosotros, especialmente a la impía y detestable sedición, extraña y ajena a los escogidos de Dios, que unos cuántos hombres temerarios y audaces encendieron con tanta insolencia, que vuestro nombre honroso, ilustre y digno de ser por todos amado, es vituperado con vehemencia.— Porqué? ¿Quién es el que habiéndose hospedado entre vosotros no ha alabado vuestra fe firme, estable y llena de toda virtud?— Quién es el que no ha admirado vuestra sabia y moderada piedad para con Cristo?— Quién no ha glorificado las espléndidas y generosas costumbres de vuestra hospita-

lidad? Quién no juzgó dichoso vuestro cierto y perfecto conocimiento?— Todo lo hacíais sin acepción de personas, caminábais según las leyes de Dios, sujetos a vuestros propósitos, rodeando con el debido honor a los presbíteros que hay entre vosotros.— Ordenábais a los jóvenes guardar moderación y honestidad; mandábais a las mujeres que todo lo hicieran con una conciencia inculpable, honesta y casta, amando a sus maridos como lo exige su deber; les enseñábais a administrar sus hogares con gravedad manteniéndose sujetas a la regla de la obediencia y portándose con perfecta honestidad.

29.— Todos érais humildes, nunca entregados a la vanagloria, sujetos a los otros, más bien que sometiendo a los otros, dábais con más gusto que recibíais, contentos con el viático de Dios, diligentemente atentos a sus palabras guardadas íntimamente en vuestros corazones, y cuyos sufrimientos manteníais delante de vuestros ojos. Así fué concedida a todos una paz profunda y abundante con un deseo insaciable de hacer el bien; vino también sobre todos la efusión del Espíritu Santo, y llenos de santa voluntad y sincera prontitud de ánimo elevábais con piadosa confianza vuestras manos hacia el Dios omnipotente, suplicándole os fuése propicio si, contra vuestro querer, habíais pecado.— Día y noche andábais solícitos por toda la hermandad para que por la misericordia y la buena conciencia se salvara el número de los elegidos de Dios.— Erais sinceros y sencillos y no guardábais memoria de vuestras mutuas ofensas, abominábais de toda sedición y división; llorábais los pecados de vuestros prójimos y teníais como vuestros sus defectos. No os dolía hacer ningún bien, "listos a toda obra buena" (Tit. 31). Adornados con un venerable modo de vivir lleno de virtudes y teniendo escritos en vuestro corazón los mandatos del Señor, todo lo hacíais con su temor.

30.— Todo honor y amplitud se os ha dado, más lo escrito se ha cumplido: "Comió, bebió, se dilató y se engordó y el amado se sublevó" (Deut. 32.15).— De esta fuente manaron la emulación, la contención, la envidia y las facciones, la persecución y la sedición, la guerra y la cautividad.— Así los viles se levantaron contra los honorables, los oscuros contra los gloriosos, los ignorantes contra los sabios, los jóvenes contra los ancianos. Por ello se han perdido la justicia y la paz, ya que cada uno, abandonado el temor de Dios y engeguedado en su fe, deja de andar según las enseñanzas de sus mandamientos y de llevar vida digna de Cristo, pues camina tras sus malos deseos, volviendo a la impía y perversa envidia por la cual entró la muerte al mundo.

49.— Así, en verdad, está escrito: "Aconteció después de estos días que Caín ofreció de los frutos de la tierra un sacrificio al Señor; también lo ofreció Abel de los primogénitos de sus ovejas y de su grasa. Y miró Dios sobre Abel y sus dones, mas no atendió a Caín y sus sacrificios. Caín se entristeció mucho y se ensombreció su rostro. Dijo Dios a Caín: ¿Por qué estás triste y por qué se ensobrecce tu rostro? Acaso no pecas si ofreces bien pero divides mal? Sosiégate: a tí vuelve el dón y será de su potestad.— Y dijo Caín a su hermano Abel: Vamos al campo. Y sucedió que, estando en el campo, se levantó Caín contra su hermano Abel y lo mató" (Gen. 4.3 ss.).— Veis, hermanos, un fratricidio cometido por emulación y envidia. Por la emulación huyó nuestro padre Jacob de su hermano Esaú (Gen. 27). La emulación hizo que José fuera perseguido de muerte y reducido a servidumbre. La emulación obligó a Moisés a huir de delante de Faraón rey de Egipto, porque oyó a un compatriota

decir: "Quién te constituyó árbitro o juez entre nosotros? Quieres acaso matarme como mataste ayer a un egipcio? (Ex. 214). Por la emulación Faraón y María fueron arrojados del campamento. La emulación llevó vivos a los infiernos a Datán y Abirón por haberse rebelado contra el Siervo de Dios Moisés. Por la emulación el rey David hubo de soportar no sólo la envidia de los extranjeros sino también la persecución de Saúl.

5º.— Pero para que dejemos los ejemplos antiguos, vengamos a los atletas cercanos: propogamos los generosos ejemplos de nuestra generación. Por la emulación y la envidia, las grandísimas y justísimas columnas de la Iglesia fueron perseguidas y lucharon hasta la muerte. Pongamos ante nuestros ojos a estos buenos apóstoles: a Pedro que por celo malo soportó, no algunos, sino muchos trabajos y así, después de dar el testimonio, se marchó al debido lugar de gloria. Por celo y envidia Pablo ostentó el premio de su paciencia; arrojado siete veces a las cadenas, huyendo, apedreado, hecho prisionero de la palabra en oriente y occidente, mereció gloriosa fama de su fe, y habiendo enseñado la justicia al mundo entero, y llegado a los términos de occidente, dió testimonio ante los prefectos: así salió del mundo y se marchó al lugar santo, convertido en el más grande ejemplo de paciencia.

6º.— A estos varones que vivieron santamente, se agregó gran multitud de escogidos que han quedado entre nosotros como óptimo ejemplo porque sufrieron por el celo muchos suplicios y tormentos. Por el mismo celo fueron perseguidas las mujeres Danaides y Dirce, que, después de sufrir graves y nefandos suplicios, llegaron a la meta firme de la fe, y, débiles del cuerpo, recibieron noble premio. La envidia enajenó a los maridos el ánimo de las esposas y cambió el dicho de nuestro padre Adán: "Esta es hueso de mis huesos y carne de mi carne" (Gen. 2.23). La emulación y la contención destruyeron grandes ciudades y arrancaron de raíz naciones populosas.

7º.— Os escribimos esto, carísimos, no sólo para amonestaros acerca de vuestro deber sino también para reconvenirnos a nosotros mismos, pues luchamos en la misma arena y soportamos el mismo combate. Dejemos, pues, los vanos y vacíos cuidados y vengamos a la norma veneranda de nuestra santa vocación. Véamos qué es lo bello, qué lo alegre y acepto ante nuestro Creador. Consideremos atentamente la sangre de Cristo y cuán preciosa sea ante Dios su Padre, ya que derramada por nuestra salvación proporcionó a todo el mundo la gracia de la penitencia. Miremos todas las generaciones y aprendamos que de generación en generación el Señor dió lugar de penitencia a quienes se quisieron convertir hacia El (Sap. 12.10). Noé pregonó penitencia y los que le obedecieron se salvaron. Jonás anunció la destrucción a los ninivitas, mas ellos, haciendo penitencia de sus pecados, aplacaron a Dios con sus ruegos y alcanzaron la salud, aunque eran ajenos a Dios.

8º.— Los ministros de la divina gracia, hablaron de la penitencia inspirados por el Espíritu Santo y el mismo Señor de todas las cosas, dijo de la penitencia, con juramento: "Vivo yo, dice el Señor, no quiero la muerte del pecador como la penitencia" (Ez.33) y agregó una egregia palabra: "Arrepentíos, casa de Israel, de vuestra iniquidad (Ib. y 18.30). Dí a los hijos de mi pueblo: si vuestros pecados llegan de la tierra al cielo, si son más rojos que la grana y más negros que el cilicio y os convirtieréis a mí de todo corazón y me dijéreis: "¡Padre!", os prestaré oído como a pueblo Santo" (1) y en otro lugar dice

(1) No está en la Sagrada Escritura. Cf. ps. 102.11— Is. 1.18.

así: "Lavaos, purificaos, quitad el mal de vuestras almas de delante de mis ojos, descansad de vuestras maldades, aprende a hacer el bien, buscad lo recto, liberad al oprimido, proteged al huérfano y haced justicia a la viuda y venid, disputemos, dice el Señor. Si vuestros pecados fueran como la grana los blanquearé como nieve y si fueran como la púrpura, los blanquearé como la lana. Si quisierais y me escuchareis, comereis los bienes de la tierra; si no quisierais os devorará la espada porque la voz del Señor ha hablado esto"— Is. 1. 16 ss).— Ha fortalecido, pues, con su omnipotente voluntad, la intención suya de que todos sus amados participen de la penitencia.

99.— Obedezcamos pues a su magnífica y gloriosa voluntad, imploremos humildemente su misericordia y benignidad, y dejando las obras vanas, la emulación y la contención, que llevan a la muerte, volvámonos y convirtámonos a sus bondades.— Miremos atentamente a aquéllos que sirvieron con perfección a su magnífica gloria. Tengamos a Enoch que, hallado justo en su obediencia, fué trasladado y no se vió su muerte (Gen. 5.24; Hb. 11.5). Noé hallado justo, por su ministerio predicó al mundo la regeneración (Gen. 6.8— II Pt. 2.5) y por su medio conservó el Señor los animales que entraron al arca en concordia.

109.— Abraham, llamado amigo, (Jac. 2.23) fue hallado fiel por haber obedecido las palabras de Dios. Por, obediencia salió de su tierra, de su parentela y de la casa de su padre para poseer las promesas de Dios, a cambio de una tierra exigua, de una parentela débil y de una casa pequeña, pues le dijo: "Sál de tu tierra y de tu parentela y de la casa de tu padre y vé a la tierra que te he de mostrar y te haré en pueblo grande y te bendeciré y engrandeceré tu nombre y serás bendito y bendeciré a quiénes te bendigan y maldeciré a los que te maldigan y en ti serán bendecidas todas las tribus de la tierra" (Gen. 12-13) y luego al separarse de Lot, le dice Dios: "Mira con tus ojos y observa desde el lugar en donde estás ahora, al aquilón y al áfrico, al oriente y al mar, porque toda la tierra que ves te la he de dar y a tus descendientes, por los siglos, y haré tu descendencia como la arena de la tierra; si alguno puede contar la arena de la tierra, podrá contar tu descendencia" (Gen. 13.14.16) y también le dice: "Mira al cielo y cuenta las estrellas, si las puedes contar: así será tu descendencia. Creyó Abraham a Dios y le fué imputado a justicia" (ib. 15.5) Por la fe y la hospitalidad se le dió un hijo en la vejez y, por su obediencia, lo inmoló en sacrificio a Dios en uno de los montes, que le había mostrado.

119.— Por la hospitalidad y la piedad, Lot, salió salvo de Sodoma mientras toda la región del contorno era juzgada por el fuego y el azufre, mostrando así el Señor que no abandona a quiénes en El confían, pero en cambio castiga con tormentos y suplicios a los que se alejan de sus mandatos (Gen. 19). Por eso su esposa, salida con él, no pensando como él ni guardando concordia, fué convertida en estatua de sal, como señal que permanece hasta hoy, para que todos supieran cómo los que dudan y desconfían del poder divino serán puestos en juicio y señal para todas las generaciones.

129.— Por la fe y la hospitalidad la meretriz Rahab fué guardada incólume (Jos. 2; Hb. 11.31). Habiendo sido enviados espías por Josué hijo de Nave supo el rey de esa tierra que venían a explorar la región y envió hombres que los apresaran y luego los mataran, más los recibió la hospitalaria Rahab y los ocultó en la azotea de su casa, entre pajas de lino. Vinieron

pues los varones enviados por el rey y la dijeron: A tu casa han entrado unos hombres, espías de nuestra región, sácalos, pues así manda el rey; a lo cual respondió: Los dos varones que buscáis entraron a casa, pero presto se fueron y no están; más no lo entregó. Y dijo a los varones israelitas: Sé ciertamente que el Señor Dios vuestro os ha entregado esta ciudad pues el miedo a vosotros se ha apoderado de sus habitantes. Cuando os apoderéis de ella guardadme incólume a mí y a la casa de mi padre. Y le dijeron: Así será como nos lo has dicho: tan pronto como sientas que nos acercamos, reunirás bajo tu techo tus parientes y serán salvos; pero cuántos se encuentren fuera de tu casa, perecerán. Y le dieron como señal que colgara en su casa una cuerda roja, manifestando así que a todos los que creen y esperan en Dios habrá de venirles la redención por la sangre de Cristo. Ved, amados, cómo en esa mujer hubo no sólo fe, sino también profecía.

13º.— Seamos, pues, humildes de corazón, hermanos, depongamos la soberbia, el orgullo, la presunción y la ira y hagamos lo que está escrito, pues dice el Espíritu Santo: "No se glorie el sabio en su sabiduría, ni el fuerte se glorie en su fortaleza, ni se glorie el rico por su riqueza; pero el que se glorie, gloriése en el Señor, en buscarlo y en hacer el derecho y la Justicia" (Jer. 9.23). Recordemos principalmente las palabras que el Señor Jesús dijo enseñando la equidad y longanimidad. Dijo pues así: "Compadecéos y seréis compadecidos; perdonad para que se os perdone; como hacéis se os hará; como dáis así se os pagará; como juzguéis seréis juzgados; como sois benignos, experimentaréis benignidad; con la medida que medís, se os medirá". (1).

Con este precepto y estos mandatos establezcámonos nosotros mismos para que andemos siempre obedeciendo sus santas palabras con toda humildad, pues dice la palabra sagrada: "¿Sobre quién miraré, sino sobre el humilde y sosegado y que teme mis palabras?" (Is, 66.2).

14º.— Es pues, justo y piadoso, hermanos, obedecer más bien a Dios, que seguir en la turbulencia y la soberbia a los cabecillas de la detestable emulación. Sufriremos no leve daño sino gran peligro, si nos entregamos con precipitación a voluntades de hombres que fraguan contenciones y sediciones para apartarnos de lo bueno y de lo recto. Seamos benignos con ellos, conforme a la misericordia y dulzura de nuestro Creador, pues está escrito: "Los que habitan la tierra serán benignos y como inocentes serán dejados en ella, mas los inicuos serán de ella exterminados" (Prov. 2.21) y también dice: "Vi sobreexaltado al impío y elevado como los cedros del Líbano, pasé y he aquí que no estaba, busqué su lugar y no lo encontré. Guárda la inocencia y considéla la equidad, pues han sido dejadas para el hombre pacífico" (Salmo 36.35).

15º.— Unámonos, pues, a los que cultivan la paz con piedad, no a los que quieren paz con emulación. En algún lugar se dice: "Este pueblo me honra con los labios, pero su corazón está lejos de mí" (Is. 29.13) y también: "Con su boca bendecían, mas en su corazón maldecían" (Ps.61.5) y también: "Lo amaron con sus labios, mas con su lengua le mintieron; el corazón de ellos no fué recto delante de él, ni fueron hallados fieles a su alianza" (Ps. 77.36) "Enmudezcan los labios mentirosos" (Ps. 30.19) y destruya el Señor

(1) Citas al sentido.

San Clemente Romano y su Carta a los Corintios

todos los labios dolorosos y las lenguas de muchas palabras, y a los que dijeron: "engrandecemos nuestras lenguas, pues los labios nos pertenecen, ¿quién es nuestro Señor- A causa de la miseria de los pobres y de los gemidos de los desgraciados, me levantaré, dice el Señor, los pondré en salvación, confiadamente obraré en él" (Ps. 11.4).

169.— Cristo es de los humildes, no de los que se levantan sobre su grey. Nuestro Señor Jesucristo, cetro de la majestad de Dios, no vino en ostentación de soberbia y arrogancia, aunque lo pudiera, sino en humildad como de él lo anunció el Espíritu Santo, pues dice: "Señor, quien ha creído a nuestra palabra? y a quién se ha revelado el brazo del Señor? Delante de faz se ha retraído, ha sido despreciada y tenida en nada. Ese lleva nuestros pecados y se duele de nosotros; y nosotros creímos que (con justicia) está-él anunciamos: será como un pequeñuelo, como una raíz en tierra sedienta; no tiene belleza ni gloria; lo vimos y no tenía belleza ni gloria, pues su belleza se había afeado y no alcanzaba a la belleza de los hombres. Es hombre colocado en llaga y sufrimiento y que debe soportar el dolor, porque su- ba en trabajo, llaga y aflicción. El fué herido a causa de nuestros pecados y afligido por nuestras iniquidades. El castigo para nuestra paz vino sobre El y con sus heridas hemos sido sanados. Todos hemos errado como ovejas, el hombre erró en su camino, y el Señor le entregó a El por las iniquidades nuestras, y, aunque afligido, no abrió su boca. Fué llevado como oveja al sacrificio y como el cordero ante el esquilador permanece mudo, así El no abrió su boca. En humildad, al fin, fué quitado su juicio. ¿Quién narrará su generación? Porque de la tierra es quitada su vida, por las iniquidades de mi pueblo vino la muerte. Y daré impíos para su sepulcro y ricos para su muerte, pues no hizo iniquidad ni se halló dolo en su boca. Y el Señor quiere limpiarlo con heridas. Si sacrificaréis por el pecado, vuestra alma verá descendencia duradera. Y quiere el Señor sacar del dolor su alma, mostrarle la luz y formarlo en inteligencia, justificar al justo que sirve bien a muchos y El llevará los pecados de ellos. Por ello El poseerá por herencia a muchos y repartirá despojos de ricos por haber entregado su alma a la muerte y haber sido juzgado entre los pecadores, y El quita los pecados de muchos y por las iniquidades de ellos fué entregado". (Is. 53) y también dice él: "Yo, emperco soy gusano y no hombre, oprobio de los hombres, e irrisión de la plebe. Todos los que me vieron se burlaron de mí, hablaron con sus labios y movieron la cabeza (diciendo): Esperó en el Señor, que lo libre; que lo salve pues lo ama" (Ps. 21.79). Véis, amados varones qué ejemplar nos ha sido propuesto; si el Señor se humilló tanto, ¿qué haremos nosotros los que por él hemos venido a estar bajo el yugo de la gracia.

170.— Seamos también imitadores de aquellos que anduvieron predicando la venida de Cristo, cubiertos con pieles de cabras y ovejas, como los profetas Elías, Eliseo y Ezequiel y los que como ellos merecieron esclarecido elogio (en la Escritura) (Hb. 11. 37). Abraham estuvo adornado con gran testimonio y fué llamado amigo de Dios y mirando atentamente la gloria de Dios, dijo con humildad: "Yo no soy más que polvo y ceniza" (Gen. 18.27). También de Job está así escrito: "Job era justo y sin pecado y veraz, honraba a Dios y se abstenía de todo pecado" (Job 14.4). Maisés fué llamado fiel en toda la casa de Dios (Hb. 3.2) y por su ministerio juzgó Dios a Egipto con plagas y castigos; más él, enaltecido con tan gran honor, no habló de sí cosas gran-

des, sino que al dársele el oráculo divino desde la zarza dijo: "¿Quién soy yo para que me enviéis?. Débil es mi voz y tarda mi lengua" (Ex. 3.11—4.10) y también: "Yo soy como el vapor de una olla" (1).

18º.— ¿Y qué diremos de David que obtuvo tan egregio testimonio? De él dijo Dios: "Encontré un hombre según mi corazón, David el hijo de Jessé; con óleo eterno lo unguí". (Ps. 88.21) y él también dice al Señor: "Compadécete de mí Señor, según tu gran misericordia y según la multitud de tus piedades borra mi iniquidad. Lávame aún más de mi iniquidad y límpiame de mi pecado, porque yo reconozco mi iniquidad y mi pecado siempre está delante de mí.— Contra tí solo pequé y el mal hice ante tí; para que seas justificado en tus palabras y triunfes al ser juzgado. He aquí que he sido concebido en pecado, en pecado me concibió mi madre. He aquí que tú amas la verdad. Me has manifestado lo incierto y lo oculto de tu sabiduría. Me rociarás con el hisopo y seré limpio, me lavarás y seré más blanco que la nieve. Me harás oír el gozo y la alegría y mis huesos humillados saltarán de gozo. Apárta tu rostro de mis pecados y borra todas mis iniquidades. Crea en mí un corazón limpio y renueva en mis entrañas un espíritu recto. No me arrojes de delante de tu rostro ni me quites tu espíritu santo. Vuélveme la alegría de mi salvación y confírmame en el espíritu que domine mi carne. Enseñaré a los malvados tus caminos y a tí se volverán los ímpios. Líbrame de las sangres, oh Dios, oh Dios de mi salud. Cantará mi lengua tu justicia. Abrirás, Señor mi boca y mis labios anunciarán tu alabanza. Porque si hubiera querido sacrificio yo lo hubiera ofrecido; no te deleitas en los holocaustos. Un espíritu contrito es sacrificio para el Señor, Dios no despreciará un corazón contrito y humillado". (Ps.50).

19º.— La humildad y la sujeción en la obediencia de tales y tan grandes varones, merecedores de tan claro elogio, nos han hecho mejores, no sólo a nosotros sino a las generaciones anteriores que recibieron en temor y verdad sus palabras. Participando, pues, de tántos, tan grandes y tan admirables ejemplos, volvamos a alcanzar la paz que desde el principio se nos dió y miremos diligentemente al Padre y Creador de todo el mundo y adhirámonos con firmeza a sus magníficos e insuperables beneficios y dones de paz. Contemplemos con el pensamiento y miremos con los ojos de la mente su generosa voluntad y veremos cuán clemente se muestra para con toda criatura suya.

20.— Los cielos, conmovidos con su gobierno, se le someten en paz; el día y la noche cumplen sin impedimento alguno el curso que les fué señalado por El; el sol y la luna y los coros de los astros cumplen en concordia y sin error alguno, las disposiciones que se les han señalado. La tierra grávida por su voluntad, ofrece a su tiempo alimento abundante a los hombres, a las fieras y a cuántos animales viven en ella, sin cambiar nada de cuánto por él fué establecido. En los mismos lugares se contienen los abismos insondables y las inexplicables profundidades de la tierra. La mole del mar inmenso que por su orden se agita en olas, no pasa los lindes que El le señaló, sino que hace como le ordenó al decirle: "Hasta aquí vendrás y en tí mismo se aplastarán tus olas" (Job. 38.11). El océano infinito para los hombres y los mundos que hay tras él son gobernados por las mismas disposiciones del Se-

(1) No está en la Biblia.

flor. Las estaciones, primavera y verano, otoño e invierno, se suceden unas a otras en paz. Los vientos cumplen sin obstáculo y a su debido tiempo, su oficio; las fuentes inagotables para el uso y la salud, ofrecen sus venas sin cansancio para sostener la vida humana; y aún los más pequeños animales se reúnen en paz y concordia.— Todas estas cosas mandó el gran artífice y Señor de cuanto existe, que se hicieran en paz y concordia, haciendo bien a todos, pero sobreampliamente a nosotros que acudimos a sus misericordias, por nuestro Señor Jesucristo de quien es la gloria y la majestad por los siglos de los siglos. Amén.

21.— Mirad, amados, no sea que sus numerosos beneficios sean para nuestra condenación, si no hacemos obras buenas y aceptas ante El, viviendo en concordia una vida digna de El.— Dice en algún lugar: "El espíritu del Señor es lámpara que alumbrá las profundidades de las entrañas" (Prov. 20.27). Consideremos qué cerca está y que no se le esconde nada de nuestros pensamientos y palabras. Es pues, justo que no seamos tráfugas de su voluntad. Disgustemos, antes que a Dios, a esos hombres estultos, insipientes, orgullosos y jactanciosos en sus palabras. Adoremos a nuestro Señor Jesucristo que dió su sangre por nosotros, reverenciamos a nuestros prepositos; honremos a nuestros presbíteros, instruyamos a los jóvenes en la disciplina del temor de Dios; dirijamos hacia el bien a nuestras esposas, para que muestren las amables costumbres de la castidad, la voluntad pura y sincera de la mansedumbre, y en sus palabras manifiesten la moderación de la lengua y muestren igual caridad, sin excepción de personas a todos los que temen a Dios. Participen nuestros hijos de la disciplina de Cristo. Aprendan cuánto vale ante Dios la humildad, de qué es capaz ante Dios la casta caridad, lo bueno y grande que es su temor, que guarda a cuantos lo tienen en pureza de conciencia, pues es escrutador de los pensamientos y consejos de la mente aquél cuyo espíritu está en nosotros y lo retira cuando quiere.

22.— Nuestra fe en Cristo confirma todo esto, porque así nos invita por medio del Espíritu Santo: "Venid hijos, escuchadme, os enseñaré el temor del Señor. ¿Quién es el hombre que ama la vida y desea ver buenos días? Guárda del mal tu lengua y tus labios no digan mentira. Aléjate del mal y haz el bien, busca la paz y síguela, porque los ojos del Señor sobre los justos y sus oídos oyen sus súplicas, mas su rostro contra los que obran mal para arrancar de la tierra su recuerdo. Clamó el justo y el Señor lo escuchó y de sus tribulaciones lo libró" (Ps. 33.12). "Muchos son los azotes del pecador, pero al que espera en el Señor lo rodeará la misericordia" (Ps. 31.10).

23.— Como Padre benigno y misericordioso para con todos, tiene entrañas para los que le temen, y derrama benigna y suavemente sus gracias sobre quienes se le acercan con sencillez de corazón. No seámos, pues, desconfiados, ni se rebele nuestra alma contra sus eximios y honrosos dones. Esté lejos de nosotros aquella Escritura que dice: "Desgraciados son los de ánimo doble y los que dudan diciendo: "También esto escuchamos a nuestros padres y ya véis que hemos envejecido y nada nos ha ocurrido".— ¡Oh insensatos! comparaos a un árbol; mirad la vid, primero se desnuda de sus hojas, brotan luego las yemas, enseguida las hojas y las flores, luego los agraces, después la uva madura. Veis como en poco tiempo llega el fruto del árbol a la madurez. En verdad, su voluntad se cumplirá breve y súbitamente, pues la Escritura atestigua "que pronto vendrá y no tardará". (Hab. 2.3) y

“pronto vendrá el Señor a su templo, el Santo a quién esperáis” (Mal. 3.1).

24.— Consideremos, amados, cómo el Señor nos muestra continuamente que la resurrección ha de ocurrir, cuyas primicias hizo en Jesucristo al resucitarlo de entre los muertos. Miremos, amados, la resurrección que en cada ocasión se obra: el día y la noche nos anuncian la resurrección, pasa la noche y se levanta el día, se va el día y sigue la noche. Véamos en los sembrados cómo se siembra la semilla: sale el sembrador y arroja a la tierra las semillas; y habiendo caído en ella, secas y desnudas, se descomponen. Luégo que el gran poder de la Divina Providencia las resucita de la descomposición, cada una se convierte en muchas y dan fruto.

25.— Contemplemos un admirable prodigio que ocurre en Oriente, en Arabia y su contono: (1).

El ave llamada Fénix. Sólo existe una y vive quinientos años, y, ya próxima a la muerte, fabrica un nido con incienso, mirra y otros aromas, se echa en él al cumplirse el período y muere.— De su carne podrida nace un gusano que, alimentándose de la sustancia del ave muerta, empieza a emplumarse. Aumentadas sus fuerzas toma el nido en que están los huesos de su padre, y realiza el viaje, desde Arabia hasta la ciudad egipcia de Heliópolis y volando largo tiempo ante la mirada de todos, lo coloca sobre el altar del Sol y vuelve a la región de donde había venido.— Los sacerdotes estudian los anales y comprueban que vino al cumplirse los quinientos años.

26.— ¿Nos ha de parecer, pues, extraño y difícil que el Creador de todas las cosas haga resucitar a los que le sirvieron religiosamente en la confianza de una buena conciencia, si por esta ave nos muestra claramente lo grande de su promesa?— Dice en alguna parte: “Me resucitarás y te glorificaré” (Ps. 27.7) y “Me adormecí y me dormí, resucité porque tú estás conmigo” (Ps. 3.6) y también dice Job: “Y esta carne mía que ha padecido tanto, tu la resucitarás” (Job 19.25).

27.— Unanse, pues, nuestras almas por esta esperanza, a aquél que es fiel en sus promesas y justo en sus juicios: quien prohibió mentir, no puede mentir, pues nada hay imposible a Dios sino la mentira. Despierte pues en nosotros su fe y miremos cómo todas las cosas le están cercanas. Todo lo creó con la palabra de su grandeza y por su palabra puede destruirlo. ¿Quién le dirá? por qué lo hiciste?, o quién resistirá a la fuerza de su poder? (Sap. 12.12— 11.22).— Cuando quiso y como quiso, todo lo hizo y no dejará de cumplirse nada de cuanto una vez ordenó. Todas las cosas están delante de él y nada se esconde a su consejo. “Pues los cielos anuncian la gloria de Dios y el firmamento, la obra de sus manos. El día lanza su palabra al día y la noche manifiesta su sabiduría a la noche y no hay lenguaje ni palabras cuyas voces no sean (por El) escuchadas”. (Ps. 18.1).

28.— Estando todas las cosas claras delante de sus ojos y de sus oídos, temámosle y dejemos los impuros deseos de malas obras para que seamos protegidos del futuro juicio por su misericordia. Porque ¿cómo podrá huir cualquiera de nosotros de su mano poderosa? O en qué mundo se esconderá el que huya de El? Dice en algún lugar la Escritura; “Dónde iré, dónde me ocultaré de tu faz? Si subo al cielo allí está tu diestra; si pusiere mí

(1). Esta leyenda fue creída casi hasta nuestro tiempo.

San Clemente Romano y su Carta a los Corintios

lecho en el abismo, allí está tu Espíritu" (Ps. 138.7). ¿A dónde correrá uno o dónde se esconderá de quién todo lo abarca?

29.— Acerquémonos, pues, a El en santidad de alma, levantando hacia El nuestras manos puras y sin mancha, amando a nuestro benigno y misericordioso Padre que nos escogió como herencia suya. Así está escrito: (Dt. 32.8). "Cuando el Altísimo separaba las naciones, cuando diseminó a los hijos de Adán, estableció los lindes de las naciones según el número de los ángeles de Dios. Jacob fué la porción del Señor, Israel fué su herencia". Y en otro lugar dice: (Dt. 4.34). "He aquí que el Señor toma una nación de en medio de las naciones" como un hombre saca de la era las primicias y de aquella nación saldrá lo Santo entre los santos (1).

30.— Siendo pues vosotros la herencia del Santo, hagamos todo lo que pertenece a la santidad, evitando la maledicencia, los abrazos impuros e impúdicos, las embriagueces, el estudio de novedades, las abominables concupiscencias, el detestable adulterio, la execrable soberbia. "Porque Dios, dice, resiste a los soberbios mas da su gracia a los humildes" (Prov. 3.34). Unámonos pues a aquellos a quienes es concedida la gracia por el Señor. Revistámonos de concordia y permanezcamos humildes y continentales alejados de toda murmuración y calumnia, justificados, no en palabras sino en obras, porque dice: (Job 11.2): "El que dice mucho, a su turno oirá; ¿o es que el locuaz juzga ser justo? Bendito nacido de mujer, de corta vida, no abundes en palabras". Esté en Dios nuestra alabanza y no en nosotros, pues Dios odia a los que se alaban a sí mismos. El testimonio de nuestro bien obrar sea dado por otros, como fué dado a nuestros justos padres. La temeridad, la arrogancia y la audacia están en los maldecidos por Dios; pero la moderación, la humildad y la mansedumbre, en los que Dios ha bendecido.

31.— Unámonos pues, firmemente a esta bendición y veamos cuáles son sus caminos. Repitamos en nuestra alma lo que ha sucedido desde el principio. ¿En gracia de qué fué bendecido nuestro padre Abraham? No fué acaso por haber obrado justicia y verdad por la fe? (Jac. 2.21). Isaac, lleno de confianza, como si conociera el futuro, gustosamente se hizo víctima (Gen. 22). Jacob, con humildad, alejándose de su hermano, salió de su tierra y fué donde Labán y le sirvió y le fueron dados los doce cetros de Israel (Gen 28; III, Reg. 11).

32.— Analizando con ánimo sincero cada uno de los dones que el Señor le concedió, se entenderá su magnificencia, porque de él salieron todos los sacerdotes y levitas que sirven al altar; de él, el Señor Jesús según la carne; de él los reyes, príncipes y jefes, por la familia de Judá. Ni las demás tribus tienen pequeño honor, porque el Señor le prometió: "Será tu descendencia como las estrellas del cielo" (Gen. 22.17). Todos estos obtuvieron gloria y grandeza, no por sí mismos, o por sus hechos, o por la justicia de las acciones que ejecutaron, sino por la voluntad de El. También nosotros, llamados por su voluntad en Cristo Jesús, no somos justificados por nosotros mismos, ni por nuestra sabiduría e inteligencia, ni por nuestra piedad o por las obras que hayamos hecho en santidad de corazón, sino por la fé, por la cual, Dios omnipotente justificó a todos desde el principio; a El sea la gloria por los siglos de los siglos. Amén.

(1) Este inciso no se encuentra en la Sagrada Escritura.

33.— ¿Qué haremos, pues, hermanos? Nos dejaremos de las buenas obras y abandonaremos la caridad? No permita el Señor que esto ocurra en nosotros, sino al contrario, apresurémonos a hacer toda buena obra con diligencia y alegría de ánimo, porque el mismo Creador y Señor de todas las cosas, se complace en sus obras. Con su supremo y máximo poder estableció los cielos y con su incomprensible sabiduría los embelleció; separó también la tierra del agua que la rodea y la afirmó sobre el inmóvil fundamento de su propia voluntad; los animales que en ella viven con su querer mandó que existieran, también al mar y a los animales que en él viven, habiéndolos creado, con su poder, les impuso lindes; además, con sus manos purísimas e impolutas, formó el más excelente de los animales, el más alto por la dignidad de su entendimiento, la expresión de su imagen, el hombre.

Así dice Dios: (Gen. 1.26) "Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza y Dios creó al hombre, varón y hembra los creó". Habiendo terminado todas estas obras las alabó, las bendijo y les dijo: "Creced y multiplicados". (Gen. 1.28). Consideremos que todos los justos estuvieron adornados de buenas obras y que el mismo Dios, al adornarse con ellas, se complace. Teniendo este modelo acerquémonos animosamente a su voluntad y con todas nuestras fuerzas ejecutemos obra de justicia.

34.— El buen obrero recibe con buen ánimo el pan de su obra, el perezoso y descuidado, ni siquiera se atreve a mirar a su patrón. Es necesario que tengamos prontitud de ánimo para hacer el bien, porque todo es dado por Dios. Ya nos lo dijo: (Ap. 22.12) "He aquí al Señor y ante El su recompensa para dar a cada cual según su obra". Nos exhorta pues, a que nos volvamos a El de todo corazón y no seamos desiduosos y perezosos para las obras buenas. Nuestra gloria y confianza esté en El, sometámonos a su voluntad y consideremos diligentemente toda la muchedumbre de sus ángeles, que, estando presentes ante El, sirven a su voluntad. Porque la Escritura dice: "Millones de millones estaban ante El y millones le servían" (Dn. 7.10) y clamaban: "Santo, Santo, Santo el Señor de Sabaoth, toda la tierra está llena de su gloria" (Is. 6.3). También nosotros, guiados por la conciencia, reunidos en concordia, como con una sola boca, clamemos hacia El para participar de sus grandes y gloriosas promesas, puesto que dice: "Ni ojo vió, ni oyó el oído, ni ha sabido al corazón del hombre cuán grandes cosas preparó para quienes lo esperan" (Cor. 2.9).

35.— ¡Qué felices y admirables son, amados, los dones de Dios! Vida en la inmortalidad, esplendor en la justicia, verdad en la libertad, fé en la confianza, templanza en la santidad; pero todo esto cabe en nuestro entendimiento. ¿Qué es, pues, lo que se prepara para los que esperan? Sólo el Santísimo Creador y padre de los siglos, conoce su cantidad y hermosura.

Nosotros, para participar de los dones prometidos, luchemos por encontrarnos entre los que esperan. ¿Cómo será esto, amados? Si nuestra mente está fielmente establecida en Dios; si buscamos con diligencia lo que le es acepto y agradable; si hacemos cuánto se refiere a su inculpada voluntad y seguimos el camino de la verdad, arrojando de nosotros toda injusticia e iniquidad, la avaricia, las disputas, malicias y fraudes, murmuraciones y calumnias, el odio a Dios, la soberbia, el lujo, la vanagloria y la inhospitalidad, porque los que esto hacen se vuelven odiosos para Dios y no sólo quienes lo hacen sino también quienes consenten con ellos. (Rom. 1.32). Dice, pues, la

San Clemente Romano y su Carta a los Corintios

Escritura: "Al pecador dijo Dios: ¿Cómo es que tú anuncias mis justicias y pregonas mi alianza con tu boca? Tú has odiado la disciplina y arrojaste detrás de tí mis palabras. Si veías un ladrón corrías con él y con los adúlteros fué tu herencia. Tu boca abundó en maldad y tu lengua preparaba engaños. Te sentabas a hablar de tu hermano y tendías lazos al hijo de tu madre. Esto hiciste y callé. Juzgaste, inicuo, que Yo era semejante a tí. Argüiré contra tí, te acusaré en tu cara. Comprended esto los que os olvidáis del Señor, no sea que os arrebaté como un león y no haya quién os libre. Sacrificio de alabanza me honrará; ahí está el camino por el cual le mostraré la salvación de Dios" (Ps. 19.16)

36.— Este es el camino, amados, en el cual encontramos a Jesucristo, salvación nuestra, pontífice de nuestras oblaciones, patrono y auxiliador de nuestra debilidad. Por éste miramos las alturas del cielo; por éste contemplamos su rostro immaculado y excelso; por éste han sido abiertos los ojos de nuestro corazón; por éste nuestra mente ignorante y oscurecida florece a la luz; por éste quizo que nosotros gustáramos del conocimiento inmortal, el Señor que, siendo "esplendor de la majestad de Dios, es tanto mayor que los ángeles, cuanto más excelso es el nombre que le cupo en suerte" (Hb. 1.3). Porque está escrito: "Tú eres mi hijo, hoy te he engendrado; pídemme y te daré por herencia las naciones y por posesión los fines de la tierra." (Ps. 27.). Y también le dice: (Ps. 109.1). "Siéntate a mi derecha hasta que ponga a tus enemigos como escabel de tus pies". ¿Quiénes son sus enemigos? Los hombres perversos y que resisten a la Divina Voluntad.

37.— Militemos pues, hermanos, con todas nuestras fuerzas bajo sus irreprehensibles preceptos. Consideremos los soldados que militan bajo nuestros jefes: de qué manera tan ordenada, tan obediente, tan sometida cumplen sus órdenes. No todos son perfectos, ni quiliarcas, ni centuriones, ni quincagenarios, etc., pero cada uno cumple en su orden y en su puesto lo que le ordenan el rey y los jefes. No pueden sostenerse los grandes sin los pequeños, ni los pequeños sin los grandes: todos están mezclados y de ahí el provecho. Sirvanos de ejemplo nuestro cuerpo. Nada es la cabeza sin los pies, ni los pies sin la cabeza; los más pequeños miembros de nuestro cuerpo son útiles y necesarios a todo el cuerpo, más aún, todos concurren y se someten juntamente para salvar todo el cuerpo. (1. Cor. 12.14, ss).

38.— Consérvese pues, todo nuestro cuerpo en Cristo Jesús y sométase cada uno a su prójimo según fué colocado por su gracia. Proteja el fuerte al débil; el débil respete al fuerte; el rico dé al pobre con largueza; el pobre alabe a Dios por haberle concedido quién le ayudará en su pobreza. Manifieste su sabiduría el sabio no en palabras sino con buenas obras; el humilde no dé testimonio de sí mismo, deje que otro se lo dé; no se enorgullezca el que es casto en la carne, sabiendo que es otro el que le dá el dón de la continencia. Consideremos pues, hermanos, de qué materia fuimos hechos y quiénes y qué tales entráramos al mundo; de qué sepulcro y tinieblas nos introdujo al mundo suyo Aquél que nos hizo y nos formó, habiendo preparado sus beneficios para nosotros antes de que naciéramos. Teniéndolo todo de El, en todo debemos dardle gracias a quién corresponde la gloria por siglos de siglos. Amén.

39.— Los insensatos y los ignorantes, los imbéciles e imperitos, deseando enaltecerse en sus pensamientos, son los únicos que se burlan de nos-

otros y nos desprecian, porque ¿qué puede el mortal o cuál es la fuerza del nacido de la tierra? Porque está escrito: "Ante mis ojos no había forma, pero escuchaba un vientecillo y una voz (que decía): ¿Qué ocurre? Acaso será limpio ante Dios el hombre a libre de culpa el varón, si (no) confía en sus sérvos y encuentra maldad en sus ángeles? El mismo cielo no está limpio a sus ojos ¿cuánto menos los que moran en casas de barro, formados también de barro! Los ha devorado como la polilla y de la mañana a la tarde ya no aparecen y porque no pueden de por sí ayudarse, han perecido. Sopló sobre ellos y perecieron porque no tenían sabiduría. (Job 4.16-15.15). Llama empero a ver quién te responde o si logras ver alguno de los santos ángeles, porque al ignorante lo mata la ira y al insensato la envidia. Yo en cambio he visto insesatos echando raíces, pero su morada ha desaparecido al instante. Aléjense de la salud sus hijos y sean despreciados ante la puerta de los menores y no haya quién los libre; porque las cosas para ellos preparadas las comerán los justos, pero ellos no se librarán de males" (Job 5.).

40.— Siéndonos manifiestas estas cosas, mirando lo profundo del conocimiento divino, debemos hacer con orden (1. Cor. 14.40) todo lo que el Señor nos mandó hacer en los tiempos señalados. El nos mandó cumplir con los sacrificios y oficios sagrados, no temeraria o desordenadamente, sino en los tiempos y horas señalados. También definió con su Voluntad Santísima dónde quiere que se celebren y por quiénes, para que cumpliéndolo todo religiosamente según su beneplácito, fuesen aceptos a su Voluntad. Aquellos que en los tiempos señalados ofrecen sus oblationes, son felices y aceptos porque no se extravían al seguir el mandato del Señor. Y así, al Sumo Sacerdote se le han dado sacrificios propios; a los sacerdotes se ha señalado lugar propio; a los levitas corresponden sus propios ministerios y el hombre laico obligado por preceptos laicos.

41.— Hermanos, cada uno de vosotros dé gracias a Dios en honestidad, en su orden, con buena conciencia, sin quebrantar la regla de su ministerio. No en todo lugar, hermanos, se ofrecen sacrificios perpetuos o votivos, o por los pecados y delitos, sino sólo en Jerusalem, y aun allí la oblación no se ofrece en cualquier parte sino en el atrio del Templo, sobre el altar, previo examen del sacrificio por el Sumo Sacerdote y los ministros predichos. Aquellos que hacen algo no conforme con su Voluntad son castigados con pena de muerte. Véis, hermanos, que así como hemos sido hallados dignos de mayor conocimiento, así estamos expuestos a un peligro mayor.

42.— Los Apóstoles nos han evangelizado (enviados) por Nuestro Señor Jesucristo; Jesucristo enviado por Dios. Cristo pues, por Dios y los Apóstoles por Cristo y así ambas cosas se hicieron ordenadamente por voluntad de Dios. Por tanto, habiendo ellos recibido sus mandatos y estando plenamente convencidos por la resurrección de Nuestro Señor Jesucristo y confirmados por la palabra de Dios, salieron con plena confianza en el Espíritu Santo, anunciando que el reino de Dios había de venir. Predicando su palabra por regiones y ciudades constituyeron sus primicias probadas en espíritu como obispos y diáconos de aquéllos que habían de creer. Mas esto no fue una institución nueva porque muchos siglos antes se había escrito acerca de los obispos y diáconos. Así dice en algún lugar la Escritura; "Constituiré sus obispos en justicia y sus diáconos en fe" (Is. 60.17).

43.—¿Y por qué hemos de admirarnos de que aquéllos a quienes fue dado este oficio por Dios en Cristo, hayan constituido a los antedichos, si Moisés, siervo fiel en toda la casa (Num. 12.7) que anotaba en los libros todo lo que se le ordenaba, a quién los demás profetas han seguido dando testimonio a favor de lo que él había establecido, como se levantase emulación por el sacerdocio y las tribus disputaran entre sí sobre cuál de ellas sería adornada con nombre tan glorioso, mandó que los príncipes de las doce tribus le trajeran varas con el nombre de la tribu correspondiente en cada una. Habiéndolas recibido las ató y las selló con los anillos de los príncipes de las tribus y las colocó en el Tabernáculo del testimonio sobre la mesa de Dios y, cerrado el Tabernáculo, selló las llaves como había sellado las varas y les dijo: "Hermanos, la tribu cuya vara retoñe, esa escogió Dios para que le ofrezca los sacrificios y le sirva. Cuando hubo amanecido reunió todo el pueblo de Israel, seiscientos mil varones, mostró a los príncipes los sellos, abrió el Tabernáculo del testimonio, retiró las varas y halló que la vara de Aarón no sólo había retoñado sino producido fruto." (Num. 17) ¿Qué os parece, amados? No conocía anticipadamente Moisés lo que había de acontecer? Muy bien lo sabía, pero para que no hubiera sedición en el pueblo de Israel se portó así para que fuera glorificado el nombre del verdadero y único Dios a Quién sea gloria por siglos de siglos. Amén.

44.— También nuestros Apóstoles supieron por Nuestro Señor Jesucristo, que se levantaría disputa acerca del nombre del episcopado; por esa causa, iluminados con perfecta preciencia constituyeron a los predichos y les dieron la regla (de la futura sucesión Ruf.) para cuando ellos murieran, otros varones probados recibieran su ministerio. Juzgamos, pues, que no es justo privar de su cargo a los que fueron constituidos por ellos, o después por otros varones eximios, con consentimiento de toda la Iglesia y que sirvieron sin culpa al rebaño de Cristo, con humildad, tranquilidad y generosidad y que por largo tiempo merecieron de todos preclaro testimonio. Por tanto no sería leve nuestro pecado si arrojamos del episcopado a quienes ofrecen los dones santamente y sin queja. ¡Felices los presbíteros que, terminado el camino, han alcanzado fructuosa y perfecta disolución! Ya ellos no temen verse arrojados del lugar que se les asignó. Vemos, empero, que vosotros habéis removido del cargo en que estaban rectamente constituidos, a algunos que vivían honestamente.

45.— Soís contenciosos hermanos y estáis inflamados en celo por cosas que no miran a la salvación. Habéis mirado diligentemente las Sagradas Escrituras, las verdaderas, las (dadas) por el Espíritu Santo. Recordad que en ellas no se ha escrito cosa injusta o perversa. No encontraréis justos rechazados por varones santos. Los justos han padecido persecución, pero de parte de los malvados; han sido encarcelados pero por los impíos; apedreados, pero por los pecadores; asesinados, pero por criminales arrebatados de falso celo. Padeciendo estas cosas las soportaron gloriosamente. ¿Qué diremos, pues, hermanos? (Dn. 6.16). Fue acaso Daniel arrojado a la cueva de los leones por quienes temían a Dios?. O Ananías, Azarías y Misael encerrados en el ardiente horno por quienes observaban el culto magnífico y glorioso del Altísimo? (Dn. 3.20). No, absolutamente nó. ¿Quiénes, pues, hicieron esto? Hombres abominables y llenos de maldad enardecidos con tal furor que se atrevieron a arrojar a los tormentos a quienes servían a Dios santa e

irrepreensiblemente, ignorando que el Altísimo era defensor de aquéllos que, con pura conciencia, honran su nombre lleno de virtud, al cual se dé gloria en siglos de siglos. Amén.

46.— También nosotros debemos fijarnos en tales ejemplos, hermanos, porque está escrito: "Reuníos con los santos porque quiénes a ellos se adhieren serán santificados". (1).

Y en otro lugar: "Con el varón inocente serás inocente, y con el perverso te pervertirás. (Ps. 17.28). Por eso juntémonos con los inocentes y con los justos puesto que son los escogidos de Dios. ¿Por qué hay entre nosotros disputas, iras, discusiones, cismas y guerras? Acaso no tenemos un Dios y un Cristo y un Espíritu de Gracia derramado en nosotros? Y un llamamiento en Cristo? Por qué separamos y desgarramos los miembros de Cristo y movemos sedición contra nuestro propio cuerpo y llegamos a tal grado de locura que olvidamos ser miembros unos de otros? Recordad las palabras de Nuestro Señor Jesucristo, ya que dijo: "¡Ay de aquél hombre! Bueno le fuera no haber nacido y no que escandalizara a uno de mis escogidos, mejor le sería que se le rodeara con una rueda de molino y se le sumergiera en el mar, que escandalizar a uno de mis pequeñuelos" (Mt. 26.21; 18.6; Lc. 17.2; Mc; 9.42). Vuestro cisma pervierte a muchos, arroja a muchos al decaimiento de ánimo, a muchos a la vacilación y a vosotros todos, a la tristeza; sí, a todos nosotros nos llena de dolor! ¡Y aún persiste vuestra sedición!

47.— Tomad en vuestras manos la carta del bienaventurado Apóstol Pablo. ¿Qué es lo primero que os escribe en el principio de su evangelio? (2).

Ciertamente por inspiración divina os escribe de sí mismo, de Cephas y de Apolo, porque también entonces había facciones y divisiones entre vosotros. Pero esta división fue un pecado menor, pues os inclinábais hacia apóstoles de reconocida santidad y hacia un varón por ellos aprobado. Mirad quiénes son ahora los que os pervierten, los que disminuyen el decoro de vuestro conocidísimo amor fraterno. Vergonzoso y muy vergonzoso y muy indigno de vuestra vida cristiana es lo que oímos: que la solidísima y antigua iglesia de Corinto, por una o dos personas, se amotina contra los presbíteros. Y este rumor ha llegado, no sólo a nosotros, sino también a los extraños, de tal manera que por vuestra insensatez se lanzan blasfemias contra el nombre del Señor y a vosotros os sobreviene un peligro.

48.— Por tanto, quitemos esto rápidamente; postrémonos a los pies del Señor y llorando implorémosle rendidamente que, haciéndose propicio, nos admita a su reconciliación y nos vuelva a nuestra costumbre antigua, pura y hermosa del amor fraterno. Porque esta es la puerta de la justicia abierta para la vida, como está escrito: "Abrid las puertas de la justicia, pasando por ellas alabaré al Señor; esta es la puerta del Señor; por ella entrarán los justos". (Ps. 117.19). Habiendo, pues, tantas puertas abiertas, la de la justicia es la que lleva a Cristo; ¡felices los que por ella entraron y guiaron sus pasos en justicia y santidad haciéndolo todo sin turbación! Si hay alguno fiel, poderoso en proclamar el conocimiento más alto, sabio en juzgar las palabras, casto en las obras, debe ser tanto más humilde cuánto más elevado pare-

(1) No está en la Sagrada Escritura).

(2). Es decir, su segunda Carta a los Corintios.

San Clemente Romano y su Carta a los Corintios

ce y buscar, no las cosas que solo a él aprovechan, sino las que son útiles a todos.

49.— El que tiene caridad en Cristo, guarde los mandamientos de Cristo. ¿Quién podrá explicar el vínculo de la caridad de Dios? Quién alabar como conviene la magnificencia de su belleza? La altura a que eleva la caridad es inefable. La caridad nos une con Dios, la caridad cubre la multitud de los pecados. (I. Pt. 4.8). La caridad todo lo soporta, todo lo tolera pacientemente; nada hay sórdido en la caridad, nada altanero; la caridad no tiene divisiones, la caridad no mueve sediciones, la caridad lo hace todo en la concordia, por la caridad se hacen perfectos todos los escogidos de Dios, sin caridad nada agrada a Dios (I Cor. 13). Por caridad el Señor nos tomó para sí, por la caridad que nos tuvo, entregó Nuestro Señor Jesucristo por Voluntad divina, su sangre por nosotros y su carne por nuestra carne y su alma por nuestras almas.

50.— Véis, hermanos, qué grande y admirable es la caridad e inefable su perfección. ¿Quién hay digno de ser hallado en ella, sino aquellos que el Señor quiere que lo sean? Pidamos y roguemos a su misericordia que vivamos con caridad, sin humana inclinación y sin culpa. Han pasado las generaciones humanas, desde Adán hasta hoy, pero los que por la gracia de Dios murieron en caridad alcanzan el lugar de los piadosos y se manifestarán en el advenimiento del reino de Cristo, porque está escrito: "Entra un momento en tu morada hasta que pasen mi ira y mi furor" (Is. 26.20). Y "Me recordaré del día bueno y os sacaré de vuestros sepulcros" (Cf. Ez. 37.12 y Apócrifo IV Esdras 2.16). Seremos felices si guardamos los preceptos del Señor en la concordia de la caridad, para que por la caridad se nos perdonen nuestros pecados pues está escrito: "Bienaventurados aquéllos cuyas iniquidades han sido perdonadas y cubiertos sus pecados. Bienaventurado el varón cuyo pecado no imputará el Señor y en cuya boca no hay engaño" (Ps. 31.1). Este anuncio de bienaventuranza pertenece a aquéllos que por Dios fueron elegidos en Nuestro Señor Jesucristo, al cual sea la gloria por los siglos de los siglos. Amén.

51.— Por tanto, los que por tentaciones del adversario hemos pecado, pidamos perdón y los que han sido cabeza de la sedición y de la discordia deben contemplar la común esperanza. Quiénes llevan la vida en temor y caridad quieren más bien caer ellos en los tormentos que no los prójimos y prefieren sufrir ellos el vituperio antes que lo padezca la justa y hermosa concordia que se nos ha dado. Es mejor para el hombre confesar sus pecados que endurecer su corazón como se endureció el de aquellos que movieron sedición contra el siervo de Dios Moisés, la condenación de los cuales fue manifiesta, (Núm. 16) porque descendieron vivos al infierno y la muerte los absorbió. Faraón y su ejército y todos los prefectos de Egipto, los carros y los que en ellos iban, no por otra causa fueron sumergidos en las profundidades del Mar Rojo, sino porque sus insensatos corazones se endurecieron después de haberles mostrado Dios por Moisés su siervo, tantos prodigios y milagros (Ex.14).

52.— Hermanos, Dios que todo se lo merece, nada desea sino que a El se haga la confesión, porque dice su escogido David: "Confesaré al Señor y le agradará más que el ternero que produce cuernos y cascos; vean los pobres y alégrense" (Ps. 68.31.33) y también dice: "Inmóla sacrificio de alabanza a Dios y paga al Altísimo tus votos. Invócame en el día de la aficción te

libreré y me glorificarás" (Ps. 49.14). Porque "sacrificio para Dios es el espíritu arrepentido" (Ps. 50).

53.— Conocéis, amados, las Sagradas Escrituras, muy bien las conocéis y habéis profundizado cuidadosamente sus palabras. Recordadlas. Cuando Moisés subió al monte y pasó cuarenta días y cuarenta noches en ayuno y humildad, le dijo el Señor: "Moisés, baja aprisa de aquí porque ha cometido un crimen tu pueblo, el que tú sacaste de Egipto: muy pronto se apartaron del camino que les indicaste y han hecho ídolos. Y le dijo el Señor: Te he dicho una y otra vez: He visto a este pueblo y hé aquí que es de dura cerviz, déjame exterminarlo, borraré su nombre de debajo del cielo y a tí te volveré nación grande y admirable y más numerosa que esta", mas Moisés le dijo: "De ninguna manera, Señor, perdóna su pecado a este pueblo o bórrame también a mí del libro de la vida", (Ex. 32.7; Dt. 9.12). ¡Oh grande caridad! ¡Oh insuperable perfección! El siervo habla libremente a su Señor y le pide perdón para el pueblo o ser borrado él mismo con ellos!

54.— ¿Cuál es, pues, entre vosotros el generoso, cuál el misericordioso, cuál el lleno de caridad? Diga: Si por causa de mí han ocurrido sedición, discordia y cisma, me aparto, me retiro a donde queráis, hago lo que mande la multitud, con tal de que el rebaño de Cristo viva en paz con los presbíteros que le han sido constituidos. El que esto hiciere se granjeará grande gloria en el Señor y será recibido en todo lugar. "Porque del Señor es la tierra y su plenitud" (Ps. 23.1). Esto lo harán los que viven la vida divina que nunca produce remordimiento.

55.— Tengamos presentes los ejemplos de los gentiles, entre los cuales muchos reyes y gobernantes en tiempo de peste, amonestados por el oráculo, se entregaron a la muerte para librar con su sangre a los ciudadanos. Muchos para que la sedición no durara más largo tiempo, se retiraron de sus ciudades. Muchos hemos conocido entre nosotros que se arrojaron a las cárceles presos voluntarios, para librar a los otros; muchos se entregaron a la servidumbre y con el precio de su rescate alimentaron a los otros. Muchas mujeres fortalecidas por la gracia divina realizaron hazañas varoniles. La bienaventurada Judith, sitiada su ciudad, pidió a los ancianos que le permitieran ir al campo de los extranjeros y ofreciéndose al peligro por amor de la patria y del pueblo sitiado, salió y el Señor entregó a Holofernes en las manos de esta mujer (Judith 8). Ni menos perfecta en la fé fué Ester que, para librar de la muerte inminente las doce tribus de Israel, se ofreció al peligro, y para ello rogó con ayuno y humillación al Señor que ve todas las cosas, Dios de los siglos, que, viendo la humildad de su alma, libró al pueblo en cuya gracia ella sufrió el peligro. (Ester 7.8).

56.— Roguemos también nosotros por aquéllos que han caído en algún pecado para que se les concedan la humildad y la moderación para que cesan, no a nosotros sino a la voluntad divina. Así el mencionarlos misericordiosamente ante Dios y los Santos, les será fructuoso y alcanzarán su fin. Aceptemos, amados, la disciplina por cuya causa nadie debe airarse. La amonestación que mutuamente nos hacemos es buena y muy provechosa, pues nos une con la voluntad divina. Así dice la palabra sagrada: "Fuertemente me castigó el Señor pero no me entregó a la muerte". (Ps. 117.18). "A quién Dios ama lo reprende; azota a todo hijo que recibe". (Hier. 12.6). "El justo me corregirá con misericordia y me increpará, más el óleo del pecador no ungi-

rá mi cabeza". (Ps. 140.5). Y dice también: "Bienaventurado el hombre a quien el Señor reprende; no deseches la amonestación del Omnipotente, porque El hace doler y vuelve a sanar, golpea pero su manos curan. Seis veces te libraré de necesidad y la séptima no te tocará el mal. En el hambre te libraré de la muerte y en la guerra te libraré del acero, del azote de la lengua te ocultará y no temerás los males que vienen. Te reirás de los injustos y malvados y no temerás a las fieras, pues las bestias feroces se aplacarán contigo. Después sabrás que tu casa está en paz y la morada de tu tabernáculo no faltará. Sabrás que tu descendencia es mucha, tus hijos serán como toda la hierba del campo. Vendrás a la tumba como trigo maduro que a su tiempo segaron, o como gavilla en la era, llevada a su tiempo" (Job 5.17). Véis, amados, cómo sois protegidos los que por Dios son castigados, pues, siendo bueno nos castiga Dios para que quedemos amonestados con su disciplina.

57.— Vosotros, los que pusisteis los cimientos de la sedición, estad sujetos a la obediencia y a los presbíteros y recibid la corrección como penitencia doblando las rodillas de vuestros corazones, aprended a someteros despojándoos de la arrogante y soberbia jactancia de vuestra lengua, porque es mejor hallaros como pequeños y de buena fama en el rebaño de Cristo que demasiado brillantes, arrojados de su esperanza. Así dice la Sabiduría que comprende toda virtud. (Prov. 1.23). "He aquí que os manifestaré la voz de mi espíritu y os enseñaré mi palabra, porque os llamaba y no obedecisteis y extendía mis palabras y no entendíais sino que hicisteis vanos mis consejos y os rebelaístéis contra mis increpaciones; yo por eso me reiré de vuestra perdición y me gozaré cuando os llegue la ruina y cuando súbitamente os ocurra el tumulto, cuando os acontezca destrucción como la de una tormenta o cuando os vengan tribulación y opresión. Ocurrirá que me invocaréis y no os escucharé; me buscarán los malos y no me hallarán pues han odiado la sabiduría y no han tenido temor del Señor y no han querido atender mis consejos y se burlan de mis reprensiones. Por eso comerán los frutos de su camino y se saciarán con su propia impiedad". (1).

58.— Como Dios vive, el Señor Jesucristo vive y también el Espíritu Santo, fe y esperanza de los escogidos, así, el que cumple con humildad y equidad y sin pereza los mandamientos y preceptos dados por Dios, será constituido y escogido en el número de aquéllos que se salvan por Jesucristo, por el cual se dá a El la gloria por los siglos de los siglos. Amén.

59.— Te rogamos, Señor que seas nuestra ayuda y auxiliador. A aquéllos de nosotros que están en tribulación, libralos; compadécete de los humildes, levanta a los caídos, socorre a los menesterosos, sana a los enfermos, convierte a los extraviados de tu pueblo. Alimenta a los hambrientos, libera

(1). En el Códice Alejandrino, único conocido hasta 1875 falta aquí del nº 58 al 62; el código de Jerusalén, publicado ese año por Brienen es idéntico pero las ediciones que aquí tenemos son anteriores a esa fecha. En el *Enchiridion Patristicum* de M. J. Rouet de Journel, Herder, Friburgo, 1920, Ed. 6 y 7, pág. 10 se transcribe un fragmento del 58.—Desde el 59 al 61 inclusive, está tomado de C. Kirch.—*Enchiridion Fontium Historiae Ecclesasticae Antiquae*.—Herder. 1923. Pág. 13 y ss.—En el *Enchiridion Asceticum* De M. J. Rouet y J. Duttenel—Herder—Friburgo. Ed. 2, 1936. Pág. 6, tras un fragmento del nº 62.

a nuestros cautivos levanta a los débiles, consueta a los pusilánimes, conozcan todas las gentes que Tú eres el Dios Unico y Jesucristo, tu hijo, y nosotros tu pueblo y las ovejas de tu redil.

60.— Porque tú has manifestado por sus efectos la perenne constitución del mundo. Tú, Señor que fundaste el orbe de la tierra, que eres fiel en todas las generaciones, justo en los juicios, admirable en la fortaleza y magnificencia, sabio en disponer y prudente en establecer lo creado, bueno en lo que se ve y fiel con los que en Tí confían, benigno y misericordioso, perdónanos nuestras iniquidades e injusticias, nuestros pecados y nuestros delitos. No nos imputes todo pecado de tus siervos y siervas, más purifícanos en tu verdad y guía nuestros pasos, para que caminemos y obremos en piedad de corazón, aquello que es bueno, y muéstranos tu rostro para que gocemos en paz de tus bienes, para que seamos cubiertos con tu mano poderosa y librados por tu excelso brazo de todo pecado y libranos de aquéllos que nos odian injustamente. Dános concordia y paz a nosotros y a todos los que pueblan la tierra, como la diste a nuestros padres que piadosamente te invocaron con fe y verdad; a quienes obedecemos a tu nombre omnipotente y lleno de toda virtud, y a nuestros jefes y superiores en la tierra.

61.— Tú Señor les diste el poder de reino por tu magnífica e inenarrable virtud, para que conociendo la gloria y el honor que les diste, nos sometemos a ellos, no contrariando tu voluntad; dáles, Señor, salud, paz, concordia, firmeza, para que el imperio que tú les diste lo administren sin tropiezo. Porque Tú Señor, rey celestial de los siglos, das la gloria, el honor y el poder de aquéllos que viven en la tierra; dirige, Señor, su consejo, según lo que sea bueno y agradable delante de tí, para que administrando piadosamente el poder que les diste en paz y mansedumbre, te tengan propicio. A tí, único que puedes darnos estos y otros dones, te confesamos, por Jesucristo, pontífice y abogado de nuestras almas, por el cual recibes gloria y majestad ahora y en generaciones de generaciones y en los siglos de los siglos. Amén.

62.— Alcanzamos todo lugar acerca de la fé, de la penitencia y sincera caridad, de la continencia, de la castidad y de la paciencia, amonestando que es necesario que agradéis piadosamente a Dios Omnipotente, por la justicia, la verdad y la longanimidad, guardando la concordia por el olvido de las ofensas, en caridad y paz con asidua equidad, como nuestros padres le agradaron portándose humildemente para con Dios, Padre y Creador y para con todos los hombres.

En el Enchiridion Patristicum, ya citado, hay este fragmento:

63.— Nos proporcionaráis gozo y alegría si obedeciendo lo que os hemos escrito en el Espíritu Santo, suspendéis el ilegítimo afán de vuestra emulación según la exhortación que os hemos hecho en esta carta por la paz y la concordia. Os hemos enviado varones fieles y castos que han vivido con vosotros irreprehensiblemente desde su juventud, los cuales serán testigos entre vosotros y nosotros.

Las ediciones antiguas que hemos seguido, continúan así, salvo la numeración que acomodamos a las nuevas:

64.— Dios que todo lo ve, Señor de los Espíritus y de toda carne, que escogió a Nuestro Señor y por él a nosotros como pueblo propio, conceda a

San Clemente Romano y su Carta a los Corintios

toda alma que invoque su glorioso y santo nombre, la fé, el temor, la paz, la paciencia, la ecuanimidad, la castidad, la continencia y la modestia para que agrade debidamente a su nombre por nuestro Sumo Sacerdote y Abogado Jesucristo, por quién (se dé) a El gloria, majestad, poder, honor, ahora y en siglos de siglos. Amén. . .

65.— Devolvednos pronto, en paz y alegría, a nuestros enviados Claudio Efebo, Valerio Bitón y Fortunato (cf. I Cor 16.17) para que nos anuncien cuanto antes la grata y deseadísimas paz y concordia, para gozar pronto en la recta ordenación de vuestra situación.

La gracia de Nuestro Señor Jesucristo sea con vosotros y con los llamados de Dios, por El mismo en todo lugar; por El se le dé gloria, honor, poder, majestad y dominación sempiterna, desde los siglos y por siglos de siglos. Amén.

ANDRES SANIN ECHEVERRI, Pbro.

(Especial para "Universidad Católica Bolivariana")

